

NEW LEFT REVIEW 116/117

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - AGOSTO 2019

ARTÍCULOS

MATTEO PUCCIARELLI	Salvini en alza	11
EVGENY MOROZOV	¿Socialismo digital?	35
JÓVENES PIONEROS	Manifiesto del 4 de mayo	75
STATHIS KOUVELAKIS	La insurgencia francesa	81
CHRISTINE BUCHHOLZ	Alemania redividida	91
SIMPOSIO DEL DSA	La nueva izquierda estadounidense	125
EMMA FAJGENBAUM	El cine como desasosiego	151
JOSEPH NORTH	Respuesta a Mulhern	177
MARY MELLOR	Una propuesta ecofeminista	207

CRÍTICA

CÉDRIC DURAND	La sala de mando de la crisis	221
MICHAEL RUSTIN	Brexitannia	235
JAN BREMAN	La sombra del desarrollo	246
GREY ANDERSON	El general	253

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

MARY MELLOR

UNA PROPUESTA ECOFEMINISTA

Aprovisionamiento suficiente y dinero democrático

DOS RASGOS LLAMAN la atención en el debate de la *NLR* sobre la estrategia verde. En primer lugar, los participantes (ya aboguen por un *Green New Deal*, como hace Robert Pollin, o por el «decrecimiento», o por el proyecto de «la mitad de la Tierra» o, como hacen otros autores, por una «economía de estado estacionario» para limitar el impacto de la humanidad en el planeta) proponen una visión de la relación entre la economía productiva y la biosfera que es en gran medida ciega a las cuestiones de género¹. No reconocen el papel que juega el trabajo reproductivo a la hora de mediar entre la naturaleza y «la economía», a través de la regeneración cotidiana de la vida humana (y no humana). Las propuestas del «decrecimiento» y del «estado estacionario» ignoran con frecuencia el hecho de que el trabajo reproductivo probablemente se endurezca si se reduce el acceso a la energía que consumen los dispositivos, que aligeran las tareas cotidianas. Incluso aunque se pusiera fin a la alienación del trabajo remunerado, no por ello nos liberaríamos de la naturaleza implacable del trabajo de cuidados a lo largo del ciclo de la vida. Históricamente —y aún hoy en día, en su mayor parte— ese trabajo lo han asumido principalmente las mujeres. Los pueblos colonizados y explotados también soportan los costes y las cargas de unas economías social y ecológicamente insostenibles.

¹ Véase también Christine Bauhardt, «Solutions to the Crisis? The Green New Deal, Degrowth, and the Solidarity Economy: Alternatives to the Capitalist Growth Economy from an Ecofeminist Economics Perspective», *Ecological Economics*, vol. 102, junio de 2014, pp. 60-68.

Los ecosocialistas utópicos, como Serge Latouche en *Farewell to Growth* (2009), partidario del «decrecimiento», o el ecomarxista Michael Löwy en su reciente ensayo «Why Ecosocialism», tienden a pasar por encima de estas cuestiones para bendecir un «reino de libertad» sin género². Sin embargo, tal y como llevan señalando desde hace tiempo las feministas socialistas, en los sueños de una era venidera en la que se puede cazar por la mañana, pescar por la tarde y ser un crítico después de cenar, nunca se menciona quién cocina la cena. En segundo lugar, como señala Lola Seaton, estos pensadores nos ofrecen audaces estrategias globales para resolver el cambio climático y rescatar la biodiversidad, pero no nos dicen cómo llegar ahí desde aquí, desde nuestras economías privatizadas, neoliberales, con su endeudado sector público y sus sistemas políticos a merced de los grupos de presión empresariales³.

Esta contribución tiene como objetivo cortar el nudo gordiano de la política de austeridad, por un lado, y de la destrucción medioambiental, por otro, proponiendo la democratización del dinero en tanto que catalizador en la transición desde los modelos actuales de explotación e insostenibilidad hacia un modelo ecofeminista de «aprovisionamiento suficiente». Ambos términos necesitan de alguna precisión. La «suficiencia» en tanto principio organizador, se define mejor por lo que no es: ni «demasiado», ni «demasiado poco». Tal y como Herman Daly y otros autores han sugerido en una obra anterior, suficiencia significa «bastante», el mínimo que permite a la gente prosperar⁴. No puede haber recetas absolutas para ello; lo que cuenta como bastante debe ser continuamente debatido, ya que las condiciones sociales y medioambientales son cambiantes. La suficiencia es un concepto igualitario: lo que es suficiente para uno debe ser suficiente para todos, o de lo contrario alguien tendrá más de lo necesario y otros demasiado poco. Los «sacrificios» exigidos por la sostenibilidad ecológica, tal y como lo expresa Seaton, deben, por lo tanto, satisfacerse primero por aquellos que tienen más de lo suficiente y no por quienes tienen menos de lo que necesitan.

² Michael Löwy, «Why Ecosocialism: For a Red – Green Future», sitio web de *Great Transition Initiative*, diciembre de 2018.

³ Lola Seaton, «Cuestiones verdes», *NLR* 115, marzo-abril de 2019. Véase también: Herman Daly, «Ecologías de escala», *NLR* 109, marzo-abril de 2018; Troy Vettese, «Congelar el Támesis», *NLR* 111, julio-agosto de 2018; Robert Pollin, «Decrecimiento vs. Nuevo *New Deal* verde», *NLR* 112, septiembre-octubre de 2018; Mark Burton y Peter Somerville, «Decrecimiento: una defensa», *NLR* 115, marzo-abril de 2019.

⁴ Véase el prefacio de Herman Daly a Rob Dietz y Dan O'Neill, *Enough is Enough: Building a Sustainable Economy in a World of Finite Resources*, Abingdon, 2013.

El concepto de aprovisionamiento tiene su origen en la teoría económica feminista, dada su preocupación por el trabajo productivo y reproductivo; se trata de un concepto fundamental para el desarrollo de una economía política radical que sea al mismo tiempo socialmente justa y ecológicamente sostenible⁵. La noción de aprovisionamiento es más integral que las categorías estándar de la economía política, ya que asume una concepción de los seres humanos como criaturas corporales, relacionadas metabólicamente con el entorno e integradas en las condiciones naturales del planeta. Como tal, el aprovisionamiento se refiere a todo el ciclo vital de cada persona, y no solo a aquellos aspectos de la producción y el consumo definidos por la economía de mercado. Por el contrario, se supone que el *homo economicus* del pensamiento dominante es apto, móvil y sano, y que está libre de responsabilidades domésticas o de otro tipo. «Él» trasciende el mundo real del cuerpo, que vive en tiempos biológicos: el tiempo que se necesita para descansar, recuperarse, crecer y envejecer: el ciclo cotidiano y el ciclo mismo de la vida. El hombre económico está también desconectado del tiempo ecológico, es decir, el tiempo que se necesita para restaurar los efectos medioambientales de la actividad humana, el ciclo vital de la renovación y la reposición dentro del ecosistema. «Él» está asimismo alienado del ciclo vital de los productos y los procesos, que solo contempla como mercancías comercializadas o comodidades consumibles; aparecen y son descartadas, evaporándose de «su» mirada⁶.

El «trabajo de las mujeres» y la naturaleza

De la misma manera que el modo de producción capitalista trata a los recursos naturales y a los ecosistemas (combustibles fósiles, sistemas hídricos, bosques, suelos, la atmósfera, el sistema climático), a los que utiliza como si fueran inagotables —«externalidades sin coste»—, así trata como «externalidad sin coste» el trabajo históricamente asignado a las mujeres en la división del trabajo basada en el género de producir miembros saludables y adaptables de la fuerza de trabajo, cuyas necesidades de sustento corporal y emocional se satisfacen fuera del lugar de trabajo. Con esto no se pretende aludir a una noción esencialista de la «mujer» unida a la naturaleza, como sucede en la teoría romántica. Las relaciones

⁵ Marilyn Power, «Social Provisioning as a Starting Point for Feminist Economics», *Feminist Economics*, vol. 10, núm. 3, 2004, pp. 3-19.

⁶ Desarrollo este argumento en «Women, Nature and the Social Construction of “Economic Man”», *Ecological Economics*, vol. 20, núm. 2, febrero de 1997, pp. 129-140; véase también *Breaking the Boundaries*, Londres, 1992.

que guarda la economía capitalista-patriarcal con la naturaleza y con el «trabajo de las mujeres» no son simplemente paralelas en el sentido de que ambas son igualmente objeto de explotación. Antes bien, el trabajo reproductivo se sitúa entre «la economía» y el mundo natural, lidiando con las consecuencias de la destrucción ecológica. Es el trabajo históricamente determinado por el género lo que permite al *homo economicus* asumir una posición de trascendencia frente al espacio y el tiempo del mundo natural –y frente a las demás criaturas, humanas o no– en lugar de reconocer la inmanencia de la existencia de las criaturas corporales.

Por el contrario, el trabajo de reproducción social asociado a las mujeres (la maternidad y la crianza; el aprovisionamiento, la cocina, la limpieza; el cuidado de los ancianos, de los niños y de los enfermos) gira, desde el punto de vista espacial, alrededor de un entorno específico, el hogar, y se caracteriza por la presencia, por el «estar ahí». Los enfermos deben ser atendidos y los niños, vestidos y alimentados cuando se despiertan. En términos temporales, como decíamos antes, el trabajo de reproducción se estructura en función de las necesidades cotidianas y recurrentes y de los ritmos generacionales del ciclo vital. Así, mientras los procesos productivos capitalistas aspiran a expandirse globalmente y a operar las veinticuatro horas del día los siete días de la semana, el trabajo social y reproductivo restaura la corporalidad de la humanidad, que está sujeta a los mismos procesos de crecimiento metabólico y de decadencia que las demás formas de vida en la Tierra, e integrada en el mismo marco medioambiental. Para la estrategia medioambiental, el trabajo social y reproductivo es también una forma de conectar la sostenibilidad ecológica con la justicia social, a través del proyecto del aprovisionamiento suficiente.

El aprovisionamiento suficiente implica, por lo tanto, un objetivo doble: la provisión de los bienes y servicios necesarios para la reproducción social (tales como la vivienda, los alimentos, el agua potable, los cuidados infantiles y las necesidades sanitarias), orientada por los dos principios gemelos de sostenibilidad medioambiental y justicia social. La cuestión sería entonces definir los límites de lo que la biosfera puede soportar y tratar a todos por igual dentro de esas limitaciones. Esto podría implicar tener que pasar de la industria agroalimentaria a la ecología agroalimentaria, optar por las cadenas de suministro locales, por los métodos de construcción respetuosos con el medio ambiente y, más en general, por formas de producción que ayuden a promover la regeneración del medio ambiente. En términos de relaciones macroeconómicas, el concepto de

aprovisionamiento ayuda a romper con la distinción formal entre trabajo remunerado y trabajo no remunerado. Ciertos aspectos de la economía actual pasarían a formar parte del marco de aprovisionamiento, contribuyendo al aprovisionamiento suficiente a través de un mecanismo de mercado. Pero en la medida en que ese mecanismo de mercado tendría que operar conforme a principios de justicia social y sostenibilidad ecológica, en el proceso habría que involucrar necesariamente una producción mucho más social y local, en forma de cooperativas, etcétera. Al mismo tiempo, las estructuras autoorganizadas de economía social solo pueden atender un margen limitado de aprovisionamiento. La economía pública seguiría desempeñando en este sentido un papel importante, tanto a escala local como nacional o internacional, dado que, en último término, solo el aprovisionamiento universal, colectivo y democrático puede garantizar la justicia social. El aprovisionamiento suficiente, por lo tanto, requiere también de la reevaluación del sector público en tanto proveedor de bienes y servicios a través de unas relaciones no opresivas y con una perspectiva de género. Ello implicaría una expansión de las prestaciones sociales de calidad por parte del sector público, financiada, al menos en parte, con dinero público.

Este planteamiento contrasta con dos perspectivas alternativas para hacer frente a los problemas relacionados con el trabajo reproductivo y la sostenibilidad medioambiental. La primera tendría por objeto introducir tanto el trabajo corporal como las consideraciones ecológicas en los marcos económicos actuales por la vía de asignarles un valor monetario: es decir, hacer que sea el mercado el que pague. Las feministas socialistas debatieron durante mucho tiempo en torno a la idea del «trabajo doméstico asalariado», pero esta propuesta tenía enfrente un problema de primer orden: incluso suponiendo que pueda cuantificarse la contribución del trabajo doméstico a la acumulación de capital, la remuneración no terminaría con la carga desigual que soportan las mujeres y, de hecho, bien podría aumentarla⁷. Las propuestas ecológicas para imponer limitaciones medioambientales dentro de las estructuras de mercado también se topan con el inconveniente de que ello no supone una garantía de una mayor sostenibilidad en las prácticas y, de hecho, tal y como ha sucedido con el sistema de comercio de «techos de emisión» de la UE, puede terminar empeorando las cosas. La solución contraria pasaría por un medioambientalismo que abandonara, pura y simplemente, el uso del dinero. Quienes promueven esta corriente, como Veronika

⁷Jean Gardiner, *Gender, Care and Economics*, Londres, 1997, pp. 82-98.

Bennholdt-Thomsen y Maria Mies, reconocen que ello implicaría un regreso a la producción de subsistencia, y defienden explícitamente que esa debería ser la meta⁸. Anitra Nelson y Frans Timmerman consideran que la producción local no monetaria está evolucionando hacia una estructura económica más integrada, a través de una sucesión de decisiones productivas «encajadas» y articuladas entre sí progresivamente⁹. En mi opinión, ninguna de las dos versiones es factible: el nivel de urbanización alcanzado actualmente volvería muy problemático un regreso a una economía eminentemente rural y un sistema de producción que prescindiera del dinero sería difícil de manejar en todos los niveles excepto en el más local. Lo que se necesita, en cambio, es un sistema monetario que sea capaz de apoyar el aprovisionamiento suficiente.

Hacer verde la moneda

Los argumentos a favor de considerar el dinero como un agente clave de transformación puede que no resulten obvios¹⁰. Entre los socialistas, el dinero es visto a menudo como un epifenómeno que enmascara los conflictos y contradicciones reales del proceso productivo capitalista. Las feministas y los verdes, por su parte, lo consideran en ocasiones como un agente de opresión –mujeres atrapadas y explotadas a través de un trabajo no remunerado o mal pagado– o de destrucción, en el caso de la mercantilización de la naturaleza. En lugar de ello, el dinero debería ser visto como un bien común, como un recurso público¹¹. No se trata de una idea utópica; es algo que se verifica en las economías modernas, pero que ha sido escamoteado por los mitos y distorsiones propagados por la economía capitalista y, en particular, por la neoliberal. Esto ha permitido la privatización, tanto en la teoría como en la práctica, del control de la producción del dinero. Si el aprovisionamiento de por vida es una idea que merece la pena defender, es preciso recuperar la idea de dinero público –un dinero para la gente–, junto con la idea de una economía pública. Lo que se necesita es, en resumen, una política democrática del dinero.

⁸ Veronika Bennholdt-Thomsen y Maria Mies, *The Subsistence Perspective: Beyond the Globalized Economy*, Londres, 1999.

⁹ Anitra Nelson y Frans Timmerman, *Life Without Money: Building Fair and Sustainable Economies*, Londres, 2011.

¹⁰ Mary Mellor, «Could the Money System Be the Basis of a Sufficiency Economy?», *Real-World Economics Review*, núm. 54, septiembre de 2010, pp. 80-89.

¹¹ Mary Mellor, *The Future of Money: From Financial Crisis to Public Resource*, Londres, 2010.

La economía dominante ha tendido a considerar el dinero únicamente en relación con el mercado en tanto que medio para la asignación eficiente de los recursos, que se refleja en los precios. Considera el dinero una herramienta, cuyas funciones principales consisten en expresar valor (unidad de cuenta) y transferir valor (medio de intercambio). Pero suele repararse menos en las relaciones de propiedad y control sobre la producción y circulación del dinero propiamente dichas. El dinero no aparece en las sociedades por generación espontánea, sino que debe ser creado y circulado, disfrutando su productor de la ventaja del señoreaje, es decir, del beneficio derivado del primer uso del dinero¹². En las economías capitalistas, la percepción del dinero está sujeta a una peculiar confusión ideológica. El monopolio y el control sobre la creación de la moneda de curso legal, así como la responsabilidad de su eficacia, recae en el Estado o en las autoridades monetarias con autorización pública. La creación de moneda sin autorización se castiga como falsificación; pero a gran escala, se diría que el Estado ha perdido el control de una importante palanca de gobernanza.

Sin embargo, la expresión «hacer dinero» generalmente se suele entender en el sentido de que la fuente del dinero es el mercado o, más bien, en el sentido de que, si el Estado crea dinero como un medio, el mercado lo transforma en riqueza. Esto nos lleva a una conclusión enigmática: la moneda es una institución pública, pero la economía pública depende del mercado para acceder a ella. En consecuencia, el dinero disponible para infraestructuras y servicios públicos depende de la cantidad que el mercado considere que puede permitirse. Las propuestas de gasto público se abortan con frecuencia con una pregunta retórica: «¿De dónde se supone que va a venir el dinero?». Esta pregunta lleva implícita una suposición de suma cero, según la cual el gasto público siempre se hace a costa de alguien (el contribuyente, el rendimiento empresarial, etcétera). Se presume, en definitiva, que el dinero es escaso. Esta forma de «economía de monedero» es, por supuesto, marcadamente ideológica, y en su imaginario la economía pública se representa como si fuera un subordinado que debe vivir de un «subsidio de manutención» procedente del mercado. El dinero es visto como un recurso escaso y limitado: si el Estado gasta dinero, debe ser a costa de alguien (del «sufrido contribuyente»). He aquí la lógica de la austeridad: si de lo que se trata es de

¹² Véase Josh Ryan-Collins *et al.*, *Where Does Money Come From? A Guide to the UK Monetary and Banking System*, New Economics Foundation, Londres, 2011; véase también Joseph Huber, *Sovereign Money: Beyond Reserve Banking*, Basingstoke, 2017.

maximizar la riqueza, el gasto público debe recortarse al máximo, para dejar la mayor parte de dinero posible disponible para el mercado.

Esta concepción del dinero se basa en gran medida en un mito. Es obvio que el dinero no escasea: no escasea el papel, ni las tintas, ni los metales comunes, ni los *blips* electrónicos en que consiste una moneda. La expansión cuantitativa de los bancos centrales en respuesta a la crisis financiera de 2008 demostró que los Estados pueden, como de hecho hacen, «imprimir dinero», aumentando así la oferta monetaria (si bien, siguiendo los postulados del neoliberalismo, con el único fin de cubrir las necesidades del sector financiero; los llamamientos en favor de una «expansión cuantitativa para la gente» fueron ignorados).

Mitos de la escasez

La afirmación de que el dinero se origina en las transacciones de mercado se basa en el mito de que el dinero se inventó para superar las limitaciones del trueque. Como es sabido, este relato fue difundido por el economista austriaco Carl Menger, que desarrolló la obra de Smith para alimentar la tesis de que el dinero surgió espontáneamente de una forma de economía más temprana, que llamó la era del trueque¹³. El mito del trueque, que proyecta la conducta individualista afín al mercado en las sociedades anteriores a este, presenta esta conducta como definitoria de la naturaleza humana. El hecho, sin embargo, es que los estudios antropológicos de comunidades anteriores al Estado y al mercado han revelado que, si bien es cierto que la mayoría de las comunidades disponían ya de alguna forma de dinero, este se utilizaba principalmente en un contexto social: para celebrar acontecimientos importantes o para sofocar conflictos, a modo de compensación por lesiones sufridas o para aplacar a grupos antagónicos¹⁴. Además, existen pocas pruebas históricas de economías de trueque, o incluso de trueque individual en cualquier escala en estas sociedades.

El mito del trueque es el resultado de un experimento mental. En lugar de explorar de forma empírica qué tipos de economía precedieron al

¹³ Carl Menger, «On the Origin of Money», *The Economic Journal*, vol. 2, núm. 6, junio de 1892, pp. 239-255.

¹⁴ El *locus classicus* en este sentido es Alison Hingston Quiggin, *A Survey of Primitive Money: The Beginnings of Currency*, Londres, 1949; véase también David Graeber, *Debt: The First 5,000 Years*, Nueva York, 2011.

mercado, la teoría de Menger se basa en la proyección retrospectiva de cómo opera el dinero en las economías mercantiles. Pero en tal caso, la pregunta sería: «¿Cómo iban a funcionar los mercados si el dinero no se había inventado aún?». Aquí se parte de la presuposición de que la gente hacía trueque y de que los inconvenientes de este último llevaron a la invención del dinero. Como se suponía que la forma original del dinero eran el oro y la plata, nació una «teoría de la mercancía» para explicar el origen del dinero. Ello dio lugar directamente a la noción de que, idealmente, el dinero debía ser valioso en sí mismo: como su valor se lo da la escasez, el dinero es, o debería ser, bastante limitado en su oferta. Pero incluso si los metales preciosos hubieran sido la forma original del dinero (algo que no es cierto), o si la moneda hubiera sido una invención del mercado (lo cual tampoco es cierto), es evidente que el dinero de metal precioso ya no está en circulación desde hace generaciones. Es un hecho aceptado que todo el dinero es hoy en día dinero fiduciario, es decir, sin valor en sí mismo y no respaldado por ningún tipo de dinero «real» con valor intrínseco, como puede ser el oro, sino garantizado únicamente por la palabra del Estado. Esto no es algo que reste utilidad al dinero moderno. Actualmente la mayor parte del dinero existe únicamente en forma de registros bancarios, lo que refuta el argumento de que el dinero debe estar hecho de algo escaso, o de «algo» en absoluto.

Los teóricos radicales del dinero llevan tiempo defendiendo la idea de que fueron los bancos comerciales, y no las transacciones mercantiles, los que crearon la nueva moneda pública de la nada. No se tocan los depósitos bancarios existentes cuando se hace un préstamo¹⁵. Los préstamos bancarios se suman a la oferta total de dinero creando nuevas cuentas, o bien incrementando las ya existentes, designadas en moneda nacional. Cuando los préstamos son devueltos con intereses, la oferta de dinero global disminuye. La teoría bancaria dominante ha venido afirmando que este dinero bancario, producido por los bancos, no era realmente moneda pública, sino dinero «crédito». Esta ilusión quedó hecha añicos tras la crisis financiera de 2008, cuando los gobiernos tuvieron que garantizar el dinero depositado en cuentas bancarias para mantener la integridad de sus monedas. A medida que las transacciones en metálico van perdiendo protagonismo, las transferencias bancarias se vuelven tan «reales» como cualquier otra forma de dinero, y normalmente no se consideran como algo distinto del pago en metálico.

¹⁵ John Kenneth Galbraith, *Money: Whence It Came, Where It Went*, Londres, 1975.

Los préstamos bancarios, efectivamente, crean moneda pública, pero se trata de una forma de oferta monetaria que se basa en la deuda y que, por lo tanto, está sujeta a crisis. Mientras el circuito de préstamos y pagos con intereses fluya bien (y, preferiblemente, se vaya expandiendo con más y más préstamos) no habrá problema. Sin embargo, en el caso de que no haya nuevos prestatarios, o si los bancos no pueden identificar préstamos viables, la oferta monetaria se contraerá a medida que los viejos préstamos sean devueltos. La deuda como base de la oferta monetaria está socialmente polarizada (pues solo aquellos que se juzgan solventes o merecedores de crédito pueden acceder a nuevo dinero) y es económicamente insostenible: los préstamos bancarios en una economía financiarizada desembocan rápidamente en niveles de apalancamiento vertiginosamente altos, lo que infla los mercados financieros, financia apuestas especulativas, compras de empresas y adquisiciones hostiles normalmente cotizadas, a menudo dejando a las empresas seleccionadas abrumadas por la carga de la deuda. También es probable que un sistema monetario basado en la deuda sea dañino desde el punto de vista ecológico: la necesidad de pagar la deuda con intereses requiere de una economía en constante expansión, lo que ejerce una presión sobre los recursos naturales que va más allá de la capacidad de la biosfera para regenerarse.

La llegada de la banca comercial y la capacidad de esos bancos para crear dinero basado en la deuda fueron hitos fundamentales en el surgimiento del capitalismo¹⁶. Anteriormente, durante miles de años, la creación y circulación del dinero fue prerrogativa del soberano. De la misma forma que el capitalismo en tanto sistema de producción eclipsó el papel de las élites feudales, así el dinero-crédito capitalista puede ser considerado como una manera de arrebatar el poder monetario a los gobernantes autocráticos¹⁷. Sin embargo, el dinero capitalista tenía sus propias contradicciones y limitaciones. El recién nacido sistema de crédito comercial no llegó a desplazar completamente al dinero soberano, sino que se fusionó con él, creando un sistema híbrido. En lugar de utilizar la moneda en circulación acuñada por el Estado y libre de deuda, la gente empezó a hacer circular las notas de crédito privadas emitidas por prestamistas comerciales. Así, por ejemplo, el Banco de

¹⁶ John Smithin, *Money, Enterprise and Income Distribution: Towards a Macroeconomic Theory of Capitalism*, Londres, 2009.

¹⁷ Esta historia se trata en Mary Mellor, *Money: Myths, Truths and Alternatives*, Bristol, 2019.

Inglaterra se creó como banco privado en 1694, para prestar dinero al Estado mediante la concesión de créditos en papel. Con el tiempo, las notas de crédito del Banco de Inglaterra se terminaron convirtiendo en la moneda nacional autorizada. Aún a día de hoy, los billetes de libras esterlinas siguen «prometiendo pagar al portador» el valor nominal en dinero soberano, aunque circulan como dinero en metálico. En cambio, el papel que juegan los bancos comerciales a la hora de crear dinero público no es reconocido en monedas de más reciente creación: el billete de dólar afirma que debe aceptarse como «moneda de curso legal», mientras que los de euros no mencionan nada, más allá del valor numérico de cada billete. En razón de ello, la política monetaria y, en particular, el papel que juegan los bancos en la creación y circulación del dinero, se ve desdibujada.

El dinero como bien común

Para que un sistema de dinero público pueda operar como mecanismo de sostenibilidad ecológica y justicia social, es necesario socializar y democratizar la producción de dinero y defender que no hay por qué someterse siempre al mercado. Hay cuestiones políticas urgentes que deben ser planteadas. ¿Con qué derecho crean los bancos comerciales moneda de curso legal –dólares, euros, libras, etcétera– como deuda? ¿A quién debe rendir cuentas el sistema bancario por ser capaz de crear dinero de la nada? ¿Quiénes se benefician de tanta generosidad? ¿Deben seguir considerándose los préstamos bancarios como un asunto privado? A medida que emiten nueva moneda, ¿no deberían los bancos ser vistos como un brazo del Estado, que rinde cuentas democráticamente? ¿No deberían todos los bancos ser nacionalizados o socializados? ¿Debería reducirse su poder para crear dinero a través de la deuda? ¿Por qué habrían de ser rescatados por el Estado cuando terminan en crisis?

Al mismo tiempo, tenemos que reevaluar el uso del poder soberano para crear dinero libre de deuda. Si los préstamos bancarios y su devolución incrementan y reducen la oferta de dinero global, un proceso similar se verifica en el seno de la economía pública: la moneda se crea y circula a medida que el gobierno gasta, lo cual incrementa la oferta monetaria, mientras que los impuestos extraen dinero de la circulación. Tanto los préstamos bancarios como la devolución de los mismos, por un lado, y el gasto público y la tributación, por otro, son circuitos continuos, en los que el dinero fluye hacia dentro y hacia fuera. Para la teoría económica

convencional, la subida de impuestos constituye la fuerza motriz que impulsa el gasto público. Pero existen argumentos sólidos para considerar el gasto público propiamente dicho como la fuerza motriz y para entender que la capacidad de los ciudadanos para pagar impuestos depende, sobre todo, del acceso al dinero público, esto es, depende de las inversiones públicas en infraestructura, salud y educación, por ejemplo. Una parte sustancial de la recaudación tributaria proviene de los trabajadores del sector público, que no podrían pagar sus impuestos si ellos mismos no hubieran cobrado a su vez del presupuesto público. Como tampoco puede el propio sector público financiarse en su totalidad a través del sector privado «creador de riqueza»; incluso en un país como Estados Unidos, donde el gasto público es bajo, este último representó el 45 por 100 del PIB tras la crisis de 2008. La experiencia reciente ha demostrado que no son los Estados los que dependen del dinero generado por el sector privado y basado en la deuda, sino los mercados los que dependen de la circulación de dinero público.

Si de lo que se trata es de lograr el aprovisionamiento suficiente, es preciso contrarrestar el predominio del mercado en materia de creación monetaria. Nos encontramos ante una disyuntiva política: o bien optamos por la deuda como principal impulsora de la economía, o bien nos decantamos por el ejercicio explícito del poder soberano para crear y hacer circular el dinero: el poder, no de un gobernante autocrático, sino del pueblo soberano. A través del ejercicio democrático de este poder, la gente podría crear dinero libre de deuda que podría asignarse directamente o gastarse en la economía pública. Podría emplearse para atender las necesidades de la esfera reproductiva y para garantizar el futuro del medio ambiente. Este no es un proyecto tan abrumador como podría parecer. El poder soberano para crear dinero no se ha esfumado: como señalábamos antes, se ha utilizado a gran escala en la expansión cuantitativa, y está presente, de manera más discreta, en el gasto público en general.

En la medida en que el dinero nuevo se produce efectivamente de la nada en la economía, hay razones muy poderosas para poner estos «bienes comunes» en manos de la población en general, y no en el mercado comercial. Hacerlo así transformaría las prioridades económicas. En lugar de perseguir los beneficios privados, el dinero se emitiría para satisfacer las necesidades en el marco de la sostenibilidad ecológica. La identificación de esas necesidades requeriría de la participación pública para la elaboración de un presupuesto popular. Los enfoques

presupuestarios participativos están ya bien implantados. El método se introdujo en 1989 en el estado brasileño de Porto Alegre, en el sur del país, donde asambleas ciudadanas debatían y definían las prioridades de gasto público (una iniciativa del Partido de los Trabajadores). A continuación, las asambleas elegirían delegados presupuestarios para que llevaran sus propuestas ante las instancias superiores de toma de decisiones. Desde entonces se han establecido o ensayado más de dos mil iniciativas de presupuesto participativo en todo el mundo.

Todas las organizaciones públicas y privadas que reciban una asignación directa o indirecta de dinero público deberían disponer de mecanismos democráticos claros que garanticen la rendición de cuentas y la transparencia. Otro planteamiento importante de participación democrática sería la supervisión por parte de los ciudadanos, los trabajadores y los grupos de usuarios de la eficiencia y eficacia del gasto público. Sin embargo, la participación no debería ceñirse únicamente a la forma en que se gasta una determinada cantidad de dinero. Más importante es el hecho de que el presupuesto popular determinaría el tamaño que debería tener la economía pública. No hay límites «naturales» al gasto público. La primera gran decisión, por lo tanto, debería versar sobre el equilibrio a largo plazo entre el aprovisionamiento público y el mercado.

¿Qué decir de la inflación? Si bien es cierto que no hay una escasez «natural» de dinero para gasto público, existe el problema de emitir demasiado. Un alto nivel de gasto público podría producir inflación, si crea un flujo monetario que desborda la capacidad finita de aprovisionamiento, sobre todo en el sector del mercado. Aquí es donde entra en juego la política tributaria. Como hemos visto, los impuestos no *elevan* la suma de dinero disponible para gastar, sino que *recuperan* el dinero ya gastado. La función monetaria de la tributación, en este sentido, es sacar de circulación el exceso de dinero. Calcular qué impacto tendrá el gasto público en la oferta monetaria global requeriría de una evaluación técnica que determinase el nivel de recuperación monetaria que se necesita recaudar, a través de impuestos y de otros gravámenes públicos, para alcanzar un nivel determinado de gasto público. Los asesores monetarios no deben desempeñar ningún papel a la hora de determinar cuánto gasto público debe haber, ni qué impuestos deben aplicarse. A diferencia de los programas neoliberales de reducción del gasto público para «equilibrar» los ingresos fiscales, aquí el equilibrio debe verificarse entre gasto público y capacidad de aprovisionamiento, con la fiscalidad como instrumento para alcanzarlo.

La fiscalidad no es el único mecanismo de recuperación monetaria. El endeudamiento del Estado también elimina dinero de la economía, lo que en términos técnicos se denomina «esterilizar» el gasto público. La clave aquí es que todos los sectores que se benefician de la creación de dinero en el circuito del gasto público deben contribuir al proceso de recuperación, de una forma que sea socialmente justa. Gran parte del dinero generado mediante préstamos bancarios y gasto público en los últimos años ha sido absorbido por el sector financiero internacionalizado y por los gigantes tecnológicos. Esto dificulta la recuperación de ese dinero por parte de los Estados individuales, mientras la presión fiscal recae sobre grupos cautivos, como los asalariados y los consumidores. Las grandes corporaciones especulativas que eluden sus obligaciones fiscales no son esos grandes contribuyentes a la economía que pretenden ser y haríamos mejor si las consideráramos como un drenaje del recurso público del dinero.

El equilibrio en el aprovisionamiento entre el sector público, el mercado y otras estructuras sociales y comunitarias no es algo dado, sino una cuestión abierta a debate. Y si bien es cierto que reconocer el dinero como un recurso público constituye un desafío directo al predominio del mercado, tampoco puede decirse que conduzca automáticamente al aprovisionamiento suficiente, ni a la reformulación del trabajo reproductivo. Lo que sí hace, sin embargo, es proporcionar un marco dentro del cual plantear las razones que aconsejan el aprovisionamiento suficiente como una vía hacia la sostenibilidad ecológica, la igualdad de género y la justicia social. La clave es que la monetización no significa necesariamente mercantilización. Por el contrario, la democratización del dinero desafía la presuposición de que su uso implica forzosamente intercambios mercantiles guiados por el afán de lucro. Si el objetivo ha de ser el aprovisionamiento suficiente, el punto de partida no puede ser otro que las necesidades del cuerpo y del planeta. En lugar de un aprovisionamiento en dos etapas (donde el dinero para cubrir las necesidades personales debe provenir del trabajo asalariado, por muy explotador o insostenible que este pueda ser), se alentaría un cambio hacia un aprovisionamiento en una sola etapa, donde la mayoría de la gente puede trabajar directamente para satisfacer esas necesidades.